

TERRI TORIOS

DE LA CULTURA

مجريّة

El oso, el madroño y el Corán

La capital de España guarda algunos vestigios de su origen musulmán, pese a que durante la Edad Moderna se produjo una notable destrucción del legado andalusí



+TR

MÚSICA

Granados,
el genio sin
fortuna

Se cumplen cien
años de la trágica
muerte del autor de
'Goyescas' [P12]

ELKARRIZKETA

Mikel
Urakenen
azken lana

Santutxuarrak bere
bakarlari ibilbideko
hirugarren diskoa
aurkeztu digu [P14]

'Mayrit'. Madrid en su denominación árabe, guarda vestigios como la casa y torre de los Lujanes, en la plaza de la Villa. :: ARCHIVO

La huella del legado andalusí

El origen musulmán proporciona a Madrid una característica singular dentro del conjunto de capitales de Europa occidental

REPORTAJE

GERARDO ELORRIAGA



A Muhammad I, quinto emir independiente de Córdoba, se le atribuye la construcción de una serie de castillos en la Marca Media, un territorio de frontera al sur del Duero. Hacia el año 860, se tiene la primera noticia de la existencia del 'hisn' o fortaleza de Mayrit, y se especula con la posibilidad de que, en paralelo, se produjera la creación de un asentamiento o madina bajo su amparo. La Casa de los Habsburgo, ya en el siglo XVI, se empeñó en diluir aquel pasado, la referencia a un origen musulmán para la ciudad que se convirtió, con el paso de los siglos, en la sede de los reyes que ostentaban el título de Católicos por concesión papal. 'Madrid islámico', obra del arabista Daniel Gil Benumeya, habla de las raíces musulmanas de la urbe, circunstancia excepcional entre las capitales de Occidente.

La desaparición de ese legado andalusí se produjo mucho después de su conquista por Alfonso VI, en torno a 1083. Su pervivencia se acredita a lo largo de cinco siglos y su desaparición responde a criterios políticos. A juicio del autor, la destrucción de los restos físicos se vio favorecida por la falta de una arquitectura monumental, mientras que la de los inmateriales vino motivada por la condición de sociedad enemiga de la civilización islámica. «En términos religiosos, que no culturales porque los refinados usos de su elite eran adoptados habitualmente por la clase alta de los territorios cristianos», explica. «Los Austrias iniciaron la evangelización y la invención de otros fundamentos, incluidas ciertas teorías mitológicas, con la pretensión de europeizarla».

La historia se ha manifestado tendenciosa al respecto. El pretendido antecedente romano o godo se antoja una fábula. «Tal vez existió un asentamiento previo, pero no se han hallado restos», alega. «El crecimiento de la ciudad ha integrado villas romanas, pero la histórica remite a la fundación musulmana», apunta, y menciona el libro del historiador Jaime Oliver Asín, que habla de dos poblaciones paralelas, dualidad que puede dar sentido a la expresión de los Madriles, aunque él mismo se desdijo posteriormente. «En cualquier caso, sigue siendo un tema polémico».

Más allá de suposiciones, encontramos una Mayrit en el periodo altomedieval, cuando los equilibrios geopolíticos eran muy diferentes a los actuales. Curiosamente, la razón primera de una de las principales ciudades de Europa occidental se halla estrechamente vinculada a la condición levantisca de la cercana Toledo, la que fuera capital visigoda. A menudo, la población sobre el Tajo se enfrentaba a la Administración central con el apoyo del vecino reino castellano-leonés y la construcción de la fortaleza parece relacionada con el intento de domeñar a los rebeldes. «Los Omeyas no controlaban a los señores de la guerra, que buscaban mejores condiciones fiscales y se levantaban en armas continuamente».

Presencia convulsa

Aquella Madrid era una de las localidades andalusíes más septentrionales en el centro de la península. El avance de los invasores por el este fue mucho mayor y alcanzó núcleos como Tudela, Tortosa y Zaragoza. La tesis de la historiadora María Paz de Miguel, basada en la maqbara o necrópolis de Pamplona, demuestra un mestizaje temprano, en torno al siglo VIII, entre las comunidades autóctonas y las primeras foráneas, de procedencia africana y llegadas con las primeras huestes de invasores.

La presencia musulmana es convulsa. La guerra civil o fitna provocó la disolución del Califato en 1031 y dio lugar a



'Modelo de Puerta islámica', del siglo X-XI, maqueta realizada a mano en terracota; a la derecha, detalle de la Iglesia de San Nicolás de los Servitas.

:: ARCHIVO

la aparición de reinos o taifas de diversa importancia y pronto sumidos en luchas intestinas. El recinto fortificado y la medina se convirtieron en uno de los ocho distritos de la taifa toledana, una de las descollantes tras la disgregación. Mayrit se había transformado en núcleo comarcal, posiblemente habitado por cierta elite guerrera bereber y una mayoría de pastores y campesinos. El embrión de la futura urbe formaba parte de una región confin del Islam, zona de paso entre dos ámbitos de poder en el que, además de los conflictos bélicos, también tenía lugar un activo comercio y tráfico de esclavos.

Su conquista supuso el pri-

mer retroceso territorial del universo musulmán, según Gil-Benumeya. El proceso de cristianización se inició rápidamente. Sólo dos meses después de la ocupación, señala, los francos y borgoñones que participaron en la toma convirtieron la mezquita de la almudayna o ciudadela en una iglesia dedicada a Santa María, rompiendo un compromiso con los sometidos.

En este nuevo contexto de sometimiento, los alfaquíes o expertos en jurisprudencia islámica, de carácter más riguroso, impulsaron la migración, mientras que las posturas más pragmáticas abogaron por la permanencia y la convivencia con la nueva autoridad. Las cla-

ses más bajas, aquellas que difícilmente podían reconstruir su vida en otro lugar, y los capturados como esclavos, permanecieron en sus hogares y constituyeron una minoría bien considerada en la nueva sociedad, a diferencia de los judíos, en situación de mayor discriminación. Además, los antiguos moradores mantuvieron el ejercicio de profesiones claves como la de alarife o maestro de obras públicas, herrero,

Los mayores vestigios de aquel urbanismo son pozos, cuevas, silos y subterráneos

calderero y otros oficios relacionados con el trabajo del metal. El desarrollo de este colectivo dio lugar al surgimiento de los mudéjares, también conocidos como 'moros de paz' o 'moros del rey'.

Madrid se reinventó política e, incluso, físicamente en la Edad Moderna. Su relieve era más accidentado y se colmató y allanó. La destrucción del patrimonio heredado alcanzó los cimientos de las edificaciones anteriores y los únicos vestigios de aquel primitivo urbanismo suelen ser pozos, silos, cuevas y estructuras subterráneas. La convivencia prosiguió entre los grupos religiosos. «Que no culturales, ya que nuestra percepción está muy



Recuerdo del pasado en el callejero. :: ARCHIVO



mediatizada por concepciones actuales», precisa el historiador. «No había distinción física, todos vestían de manera similar y los musulmanes dejaron de hablar árabe».

A finales del s. XV, la población de Madrid oscilaba entre los 8.000 y 12.000 habitantes y se calcula que los residentes islámicos rondaban los 260. Su número se hallaba en descenso, probablemente por el impacto de asoladoras epidemias y la partida como último recurso ante medidas dictadas por las Cortes de Toledo, que agudizaban su marginación. En cualquier caso, el ambiente de tolerancia dentro de las murallas se mantuvo, pese a las normas que precisaban la segregación

de la vivienda o el uso de prendas específicas.

Confinamiento

Las Vistillas, primer emplazamiento, y la Morería Nueva fueron los barrios en los que fueron confinados. Contaban con un almagil o mezquita y su propia entidad administrativa, la aljama. También afloraron algunas tensiones. La pretensión de recluir en esta suerte de gueto a comercios y talleres dio lugar a una huelga en 1481 que se prolongó durante seis meses. «Aunque, en general, las medidas discriminatorias se aplicaban poco y se beneficiaban del favor de las autoridades», apunta el autor.

La tolerancia religiosa fina-

lizó a principios del XVI. Las sublevaciones en el reino de Granada motivaron una real cédula que obligaba a los mudéjares a optar en 1502 por la asunción de la fe cristiana o el destierro. El ensayo advierte que la asimilación ya se había producido en varios casos ante el clima de intolerancia religiosa. «La conversión de la elite fue apadrinada por las grandes familias de la Corte y muchos siguieron sus prácticas en secreto», indica.

Las morerías mantuvieron su identidad, aunque de modo informal tras perder su razón de ser. Pero el futuro de la minoría sufrió nuevas y súbitas transformaciones. El tejido social cambió radicalmente ante la decisión real de deportar a los granadinos, demasiado proclives a la insumisión, y dispersarlos por toda Castilla trastocó la situación. Los recién llegados a Madrid habían permanecido mucho más fieles a su legado árabe, carecían de medios de sustento y resultaban extraños en lengua y costumbres, incluso para sus antiguos hermanos de fe.

Los procesos inquisitoriales de la época aluden a prácticas de adoctrinamiento o la pervivencia de hábitos como no comer tocino o beber vino, que parecían revelar su fidelidad al culto prohibido. La definitiva expulsión llegó una centuria después, alentada por nuevas sublevaciones. «El rastro de los moriscos se pierde en 1609. No se sabe si fueron expulsados». Según el estudio, tal vez algo menos de una décima parte de los condenados al exilio consiguió evitar su partida gracias a argucias legales y el apoyo de gobernantes, un remanente que se diluyó en el posterior desarrollo de la ciudad que sería llamada Magerit, Maydrit y Mayedrit, entre otras variaciones de su nombre originario.

El arte mudéjar es el legado artístico de esta etapa de convivencia. Como estilo arquitectónico y decorativo, posee un carácter híbrido, fruto de la amalgama entre el acervo andalusí y el cristiano, y dinámico, ya que supo integrar las sucesivas derivaciones del gótico. 'Madrid islámico' alude a las numerosas manifestaciones presentes en la región y destaca dos corrientes, una derivada de Castilla la Vieja y otra procedente de Toledo, que se convirtió en la preponderante. El uso de mampostería, arcos de herradura lobulados y apuntados y arquillos, torres cuadradas con bóvedas de aproximación de hiladas y ábsides de ladrillo semicirculares, constituyen algunas de sus características determinantes. Las torres de las iglesias de San Nicolás de los Servitas y San Pedro el Viejo, y la puerta de herradura de la Casa de los Lujanes, una de las construcciones más antiguas de la Villa, atestiguan su influencia tanto en la obra civil como religiosa.



Salón de los mosaicos de Medina Azahara. :: R. C.

El Islam desconocido

Hay un patrimonio musulmán en la península más allá de la mezquita de Córdoba y la Giralda

:: G. E.

No hay un solo arte hispanomusulmán. El dominio árabe sobre la península se extendió alrededor de siete siglos y sufrió todo tipo de vicisitudes, desde la primera expansión hasta la fragmen-

tación en pequeños estados, las posteriores invasiones procedentes del norte de África y la Reconquista, culminada con la toma de Granada. La arquitectura, la decoración y otras artes aplicadas vinculadas al periodo islámico también evolucionaron al compás de los avatares políticos. La mezquita cordobesa y la Giralda sevillana representan dos fases de esplendor como fueron el Califato y el imperio almohade, pero el patrimonio islá-



La Aljafería, que data del siglo XI. :: ARCHIVO

mico mantiene otros notables ejemplos de esa larga presencia.

La ciudad palatina de Medina Azahara, un proyecto de nueva planta debido a Abderramán III, simboliza el apogeo de un imperio que rivalizó en magnificencia con Oriente. El complejo cuenta con recintos tan suntuosos como el Salón Rico, la joya del arte civil de los Omeyyas, y desde hace siete años con un centro de interpretación que comprende un área expositiva y otro dedicado a la investigación. El sincretismo, la reutilización de elementos y la sucesión de culturas definen a la mezquita de la capital, hoy catedral católica, pero también caracterizan todo el casco antiguo, habitado por romanos, visigodos, musulmanes y cristianos y que conserva la trama urbana heredada de la ocupación islámica, cuando contaba con la medina y los arrabales de la Axerquía.

La construcción más importante del periodo de las taifas es la Aljafería de Zaragoza, sede de la monarquía hufí durante la segunda mitad del siglo XI. Este palacio fortificado está revestido de arabescos calados y una decoración geométrica que prelude el arte nazarí, la última fase del estilo musulmán en la península. La actual sede de las Cortes aragonesas es Patrimonio de la Unesco y conserva una torre anterior, la del Trovador, fechada en el siglo IX y erigida por el gobernador califal.

La fortaleza urbana de la Alcazaba malagueña, situada en las faldas del monte Gibralfaro, contempló todas las fases políticas del poder islámico, desde el periodo cordobés a la rendición ante los Reyes Católicos, e incluso, esconde vestigios de la anterior construcción fenicia-púnica y romana. El amplio recinto amurallado guardaba un complejo compuesto por jardines y estancias diversas, desde residencias reales a viviendas castrenses, además de moría, baños y aljibes, entre otros elementos.

El poblamiento civil comprende un testimonio excepcional en Ciudad de Vascos, situada en Navalmoralejo (Toledo). Este yacimiento arqueológico ha permitido reconstruir la vida cotidiana de Nafza, población árabe de unos 3.000 habitantes que fue levantada sobre un previo asentamiento visigodo en torno al siglo IX. La localidad, amurallada, disponía de alcazaba, mezquita, tiendas zoco y una fundición de metales. Esta construcción, de origen bereber, constituía un baluarte sobre el Tajo y vigilaba cualquier intento de penetración desde el cercano territorio infiel.